

EL MONASTERIO Y LA JUVENTUD FEMENINA

1. ¿Qué clase de jóvenes se presentan en el Monasterio?

Sobre todo jóvenes “heridas” y este problema es cada vez más actual. Debemos “discernir si estas heridas de la personalidad pueden ser canales de gracia o no. ¿Qué entendemos por madurez humana? ¿Qué entendemos por madurez espiritual?”.

Constato que, de acuerdo al medio del que algunas salen y a veces se trata de medios muy creyentes exteriormente, las jóvenes tienen necesidad de una estructura, un marco de vida y un clima de paz sólidos para descubrir a Dios. Entran con ese deseo profundo, pero son incapaces de realizarlo solas, ya que el mundo de ningún modo las “prepara”.

Viven en el constante consumo, en la permanente inseguridad del día de mañana (divorcio, imposibilidad de conseguir trabajo), en una sexualidad delirante, desbordante, sin ser guiadas ni aconsejadas, sin saber qué se debe tomar ni qué dejar... ¿Qué papel juega Dios allí?

Lo que caracteriza un poco a esta civilización es la inestabilidad en todos los campos. ¿Qué quiere decir ser fiel? Está muy de moda saber abandonarse, cambiar de trabajo, renovarse... Sin embargo, para perseverar se necesita la Fe y la Fe en Alguien. Pienso que Cristo también tiene la posibilidad de fascinar a cualquiera hoy, si sabemos revelarlo tal como Él es. Cuando un joven descubre a Cristo, nos encontramos, incluso en los bautizados, con un “analfabetismo doctrinal, teológico...” (Congreso General de los Abades 1980).

El ser humano sigue siendo el mismo en todas las épocas, pero sus límites se manifiestan de modo diferente. Por lo tanto, la primera tarea de un formador consiste en *revelar al joven a sí mismo* con sus dones, sus lagunas y sus bellezas frente a Dios; y luego ayudarlo concretamente, incluso sensiblemente a aceptarse a sí mismo. Es preciso que se sienta reconocido, único, para encontrar sus raíces y un poco de confianza en sí mismo y de estabilidad.

Sin embargo, exteriormente parece muy maduro, muy independiente y a menudo fanfarrón. El formador debe *calar más hondo* que todo eso y no dejarse engañar. Debe aconsejar con sabiduría

con una acogida infinita
y siempre en la verdad, tanto por la palabra como por el ejemplo.

(Comparar todo el tiempo con “en mi época” es muy torpe, porque el que no tiene raíces justamente se siente “excitado” por este tipo de reflexión). Una vez que haya caído la máscara, el joven puede avanzar por un camino ancho, con un corazón que, sintiéndose sanamente amado, puede escuchar los consejos de un Padre tierno... Muy pronto entonces descubre el valor, el *bien* de la obediencia, de la humildad, indispensables para el descubrimiento de Dios. Siente que los medios que le brinda la vida monástica con sostenes poderosos:

liturgia
lectio divina
trabajo.

Antes de pasar a esos valores espirituales y a la forma en que aquí los aprendemos, quisiera hacer un paréntesis sobre la *afectividad* y la importancia de la sexualidad. He hablado de heridas; éstas son numerosas:

ya sea la ausencia del padre y de la madre (desunión, divorcio de los padres; muerte de alguno de los cónyuges);

ya sean situaciones vividas personalmente a partir de la adolescencia o incluso antes, por haber sido demasiado abandonadas a sí mismas.

Cada vez que se hace una reunión sobre las vocaciones, este problema es central. Por otra parte, las mismas jóvenes nos plantean a menudo estas preguntas:

“¿Cómo viven Uds. su sexualidad?”.

“¿Cómo consiguen desarrollar su femineidad?”.

No se trata de responderles con un sermón piadoso, sino de entregarles nuestra experiencia personal en ese campo preciso y muy delicado. Y preguntémosnos también cómo podrán estas jóvenes que viven en un mundo mixto, pasar de golpe a un medio *monosexuado* para toda la vida. Las que toman conciencia de este problema, verdaderamente hacen una elección, con más realismo cuando han experimentado todo. Nuestro ejemplo tiene mucha importancia (por ejemplo nuestro aspecto como expresión de una vida casta) para animarlas a perseverar. Es conmovedor ver con qué amor por Cristo se deciden a esta renuncia que tanto nos cuesta.

En una reunión con algunos Padres Maestros y Madres Maestras, un médico psiquiatra despertó en nosotros una gran esperanza, diciéndonos que un hijo de padres separados posee en sí mismo una inmensa energía de reconstitución de la unidad. El hecho de decirle esto a una joven herida, a menudo la reconcilia, en su adultez, con sus primeros años que la dejaron culpabilizada o sin esperanza.

El formador también debe saber comprometerse con el joven, *ser para él padre y madre*, con todo lo que esto implica de ternura, de acogida de sus miedos, de sus trampas, para que realmente pueda verse como una criatura sana, capaz de ser feliz y de hacer felices a los demás. Para lograr esto se necesita tiempo, mucho tiempo...

El documento de las Madres Abadesas sobre la Formación dice: “La comunidad y las jóvenes deberán aprender a tener paciencia”. Creo que para la formación, tendremos cada vez más necesidad de dilaciones, de prolongar las etapas de acuerdo a las personas, porque lo esencial no es lo que se sabe sino lo que se asimila y el *test* de esto es el comportamiento en comunidad.

2. Los valores espirituales

Solamente retengo dos:

la conversión de costumbres
la obediencia.

La “formación permanente”, como lo subrayaba Dom Thomas Callego en el cuestionario enviado a toda la Orden, no es principalmente una cuestión de intelectualismo sino de *conversión de costumbres*. Es el voto benedictino que menciona la carta junto con el de estabilidad. Es el descubrimiento del joven que entra y también su piedra de tropiezo, cuando se da cuenta de lo que esto significa: nunca tener una tregua o vivir su pequeña vida bien tranquila, sobre todo teniendo en cuenta la pobreza que exige nuestra vida común en el Cister. “Debemos vencer el miedo de comprometernos en esta aventura de conversión, en la prueba de la verdad y de morir a nosotros mismos que constituye una nueva manera de vivir la caridad comunitaria”. No es fácil ver que los demás perciben más rápido que nosotros nuestras lagunas, ni es fácil

reconocerlas delante de los demás, teniendo en cuenta que siempre hemos actuado como nos ha parecido bien y que hasta ahora nos habíamos arreglado para escaparnos: y bien, uno debe adaptarse pronto.

El remedio es la *lectio divina*. En la síntesis de este mismo cuestionario sobre la formación, se dice que el medio tradicional de la formación es la *lectio*. El asunto más importante de toda la vida monástica es la *lectio divina*. Ella puede convertirse en lo que es verdaderamente si nos entrenamos, si nos ejercitamos muy concreta y regularmente a pesar de lo que cuesta.

Las que ponen atención, en general pronto perciben la originalidad de nuestra vida por la verdadera *lectio*... lo cual supone que la Maestra las inicie y que las novicias la hagan como se debe.

Concretamente:

- Aprender la actitud de la oración, de rodillas; aprender a sentarse bien en la silla para no tener que moverse, estar correctamente sentadas.
- Aprender a dominar la respiración y armonizar la lectura con la respiración. La *lectio* es asimilada por el corazón, así como el alimento lo es por el estómago.
- Aprender a quedarse quietas, lo cual supone que antes de sentarnos nos acordemos de sacar del cajón todo lo necesario: Biblia, lápices. Esto protege el propio recogimiento y el de las demás. Es una ascesis pero asombrosamente liberadora y que, a lo largo de los años se hace verdaderamente necesaria para llevar la *lectio* a su objetivo: a la contemplación, a gustar lo que se ha leído y orado para ser transformadas por ello.
- Aprender a dejar los cajones tranquilos; si tenemos necesidad de algo, paciencia. Dejémoslo para más tarde.
- Aprender a leer, a meditar, es decir, a repetir sin cesar lo que leímos y lo que más nos llamó la atención y dejar que Dios se apodere del aliento para convertirlo en oración. Que esta Palabra se encarne en mí y que, finalmente pueda gustarla.

El proceso de la *lectio* supone *tiempo*: en diez minutos o en media hora no se puede hacer una verdadera *lectio*... Las jóvenes necesitan las tardes de formación y los días de desierto para tener suficiente tiempo. Esto también es un gran descubrimiento verdaderamente fascinante porque la *lectio* rehace, recrea a cada uno de arriba a abajo, dispone para esa conversión permanente de toda la jornada, siempre que el tiempo haya sido suficientemente largo, que el ambiente haya estado lo suficientemente silencioso y que cada una sienta que la otra vive esa misma gracia del Señor en medio de nosotros. Las recién llegadas se sienten siempre impresionadas por la atmósfera “sagrada” del *scriptorium* del noviciado y por la manera en que cada una sabe molestarse para no molestar a la otra. Luego, por supuesto, la postulante no siempre es cuidadosa; pero poco a poco debe darse cuenta de los ruidos inútiles por las observaciones de las demás en las reuniones fraternas. El despertar debe ser progresivo y si las demás no le llaman la atención, le hacen mal. El método Vittoz es precioso para tomar conciencia de los gestos ruidosos: abrir y cerrar una puerta, dar vuelta las páginas de la Biblia... En nuestras reuniones nosotras lo denominamos “economizar energía”. Esta energía nos resulta más útil para dejarnos convertir e interpelar en profundidad.

“La vida monástica es una transformación lenta y profunda de todo el ser, y por eso exige una capacidad de asimilación. Una renovación de la *lectio divina* permitiría redescubrir las verdaderas lagunas de nuestra vida, pues la *lectio* es simultáneamente una fuente y una consecuencia de la vida monástica. Indica la profundidad de nuestra vida y es una técnica para introducirnos en ella. Para asegurar la formación permanente, debemos redescubrir

la *lectio* divina.

La *lectio* es una ventana por la que se puede ver todo. Es salir de uno mismo para entrar en el misterio transformante y divinizante de Cristo. No se trata de hacer de la *lectio* una cosa más entre otras, sino de vivirla, de entrar en el misterio de vida que lleva consigo la Palabra de Dios” (Conferencia regional canadiense, 5/10 de junio, 1979, Anexos).

A las jóvenes les aconsejo mucho que tomen el leccionario del día, sobre todo para integrar nuestra *lectio* en la Iglesia, ya que los textos cotidianos son la Palabra esparcida en el mundo y en la Iglesia para hoy. Esto también nos ayuda a vivir mejor juntas nuestra Eucaristía y contribuye mucho a la unidad tanto interior como exterior. Nuestro verdadero objetivo es establecer una unidad profunda entre los diversos elementos de nuestra vida. Entonces la *lectio* irriga toda nuestra jornada: volvemos a ella en el examen de conciencia, durante el trabajo. También prepara el recogimiento en los Oficios. Las jóvenes aprecian la cohesión de nuestros oficios; yo les aconsejo que hagan su *lectio* con nuestros textos litúrgicos: himno, salmos... Así estarán preparadas interiormente para el Oficio y lo vivirán con más presencia.

Unidad también en el *trabajo*. La experiencia me ha hecho tomar conciencia de la dimensión cisterciense del trabajo, porque si se hace en equipo, ya sea de a dos o más, se vive en armonía consigo mismo y con los demás. Es una escuela dura, en primer lugar porque no se parece para nada a cuidar enfermos, dar clase o trabajar en una oficina... Exige desgaste de fuerzas físicas, de atención, de obediencia. Se siente verdaderamente que es pesado, pero también, poco a poco, que es sano. Entonces se hace orante y la oración puede continuar en el corazón, apaciblemente. Las novicias también realizan trabajos más solitarios (las limpiezas...), que me dan la posibilidad de observar sus reacciones cuando no trabajan en equipo o estimuladas: puedo fijarme qué referencia hacen a la autoridad, cómo son cuando nadie las mira, y también cómo viven ese tiempo de soledad.

El segundo gran valor es *la obediencia, la humildad de corazón*. La manera de vivir estas observancias será cordialmente estudiada en los encuentros semanales o más frecuentes, si fuera necesario (C. G. p. 49).

“La autenticidad de nuestra vida significa que tendamos al ideal de la experiencia serena del Dios Amor, experiencia que debemos vivir en el desierto con la Iglesia, con nuestras hermanas, con el mundo... en una continua conversión y en la humildad, prueba de la veracidad de toda vida monástica” (p. 35).

Aquí nos enfrentamos con el problema de la *autoridad* en la vida del joven. Antes de entrar en el monasterio, frecuentemente la autoridad fue ya sea inexistente o excesiva en su vida. La forma de autoridad benedictina es muy desconcertante, pero poco a poco se la descubre como factor de unidad y de edificación de la personalidad profunda del hijo de Dios. De allí la exigencia para los responsables, de expresar simultáneamente la ternura maternal y la solidez paterna. En esto también la *lectio* divina ayuda a comprender y sobre todo a dejarse hacer, a no guardarse nada para sí, “ni siquiera su propio cuerpo” o sus relaciones.

“La obediencia y la restricción de nuestros deseos propios nos liberan” (p. 39).

Pero me parece positivo que antes se pueda expresar todo. Hay que darles tiempo y dejarlas libres para que ellas mismas descubran lo que se ajusta o no a su experiencia de Cristo y de sus llamados concretos a través de la *lectio*, la liturgia. Poco a poco la autoridad ya no será la enemiga de su libertad, de su voluntad propia, sino una benefactora de su verdadera voluntad. La verdadera voluntad debe ser educada por medio de la enseñanza y también por medio de la libertad de poner o no en práctica lo que está mandado y de experimentar el malestar de no haberlo hecho.

Por ejemplo, en lo que concierne a la separación del mundo, les digo lo que está mandado con respecto al correo y a las visitas pero no les prohíbo todo sistemáticamente; sería truncarlas y faltar el respeto a sus parientes que no tienen la obligación de comprender de golpe nuestra vida. Poco a poco, con la ayuda de mi discernimiento, ellas mismas descubren la medida adecuada. Sobre todo en tiempos de crisis, pueden ver en esto una posible evasión; y es entonces cuando la obediencia y la dependencia son vitales.

Este aprendizaje hace posible vivir la corresponsabilidad sin celos y sin que aflore el instinto de dominación. Esto no se da en seguida; en un primer momento, las jóvenes deben sentir el vacío, la inutilidad de su existencia, habiendo vivido antes otras responsabilidades. También se enfrentan dolorosamente con su instinto de dominación que, al no poder satisfacerse, les produce de tiempo en tiempo períodos de crisis bastante violentas:

negativa a obedecer
enojos, caprichos
rabietas
tentación de hablar.

El Capítulo General designa estas actitudes como fracasos de nuestro voto de obediencia y de conversión.

El formador no debe tratar de llenar ese vacío, dando una responsabilidad. Aun si al comienzo las jóvenes deben sufrir por esto, a medida que avanzan, más aprecian que se les permita arraigarse y hacer silencio...

Para que la obediencia sea verdadera, debe ser dialogante, pues si no, todos nuestros “monstruos interiores” quedan camuflados. Es mucho más fácil hacerlos caer si se los deja surgir en un diálogo concreto, garantía de la verdad interior, y cuando sabemos pedir perdón.

Conclusión

La vida monástica es una vida real. Lo importante es poner a las jóvenes en contacto con la realidad: en primer lugar la propia, luego la de los demás, la de nuestra vida, la de Dios.

Dice Eloi Leclerc en la “Sabiduría de un pobre”:

“Tardé mucho tiempo en comprender, pero el Señor me hizo ver que la actividad más alta del hombre y su madurez no consisten en perseguir una idea, incluso elevada, incluso santa, sino en la aceptación gozosa y humilde de lo que es”.

*Chambarand
Francia*